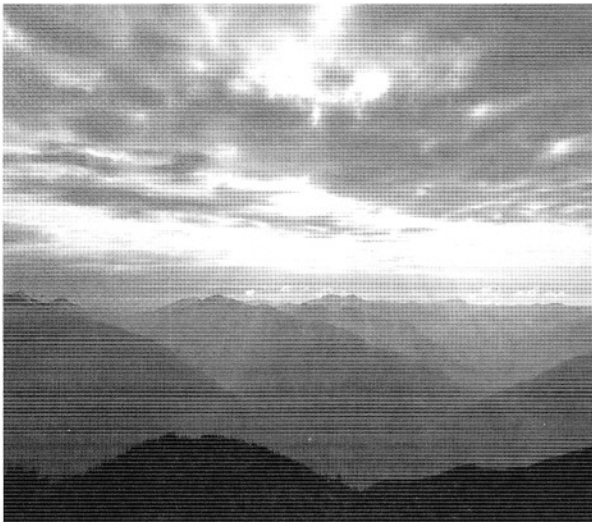


LA FRONTERA

Que nadie te quite
 el suave temblor de la mano al cerner la luz
 y el tacto estremecido,
 tus yemas,
 el frío de tu piel,
 ni todo lo que en tu cuerpo
 parece mi impronta
 y es refugio y fanal y fuente.
 Que todo esto siga siendo un misterio
 y por favor
 que cada amanecida nos lleve
 otra vez
 al país de las lágrimas,
 que sigamos construyendo
 con nuestros cuerpos tendidos
 la muralla que nos defiende,
 la cerca que vence al miedo.

Lo veo en tus ojos, miro más allá y espero.



EL INVASOR

¿Por qué, oh Dios, me tiendes estas trampas?
 ¿Crees que no reconocería la mano con la que
 me modelaste?
 ¿Que te puedes esconder tras la belleza de un
 muchacho triste
 y virgen? Claro que no. He sentido el temblor.
 He reconocido tus ojos,
 la voz,
 el disfraz,
 el jadeo exhausto,
 la sorpresa, tras la explosión, por el mundo crea-
 do
 como si fuera la primera vez que existe el amor.
 Pero ya no hay jardín.
 Nuestros cuerpos, uno sobre el otro,
 son dos ciudades que se asientan sobre el mismo
 suelo,
 dos ciudades arrasadas y edificadas mil veces
 -dicen las crónicas-
 que han conocido la gloria y el saqueo,
 que levantaron recias murallas
 pero dejaron las puertas abiertas.
 Llegaste arrasándolo todo,
 donde pisabas sólo quedaba tierra quemada.
 Vaciaste mis palacios,
 los sagrarios,
 los escudos de los dinteles
 que me recordaban apellidos añejos
 y glorias pasadas.
 Ahora no hay callejón, ni corral, ni torre
 que no se levante en tu memoria.
 Sólo ondea la bandera del terrible invasor
 a quien beso
 a quien canto.